

Dios.—Pudo decir con su adorable Maestro. «No es mi gloria la que busco». Según su propia confesión, á la tentación que mepos le temía, era á la del amor propio. Su inteligencia no veía sino á Dios y su corazón no latía sino por Dios. Y yo Señor ¿me atrevo á decir que Vos me bastáis, y que nada busco fuera de Vos?

PUNTO TERCERO.—*San Ignacio no buscó en todas las cosas sino la mayor gloria de Dios.*—Era su divisa, la tenía constantemente en sus labios, fué como el trasunto de toda su vida. De allí esa paz, esa tranquilidad de alma que conservaba inalterable aun en medio de los acontecimientos más imprevistos. Nada podía alterar la serenidad de su ánimo. Haced que yo os conozca ¡oh Dios mío! y no buscaré otra cosa que vuestra mayor gloria.

MEDITACIÓN CXXVI

4 de Agosto.—SANTO DOMINGO

Santo Domingo nació en España en 1170 y murió en Bolonia en 1221. Este santo que honramos hoy fué uno de esos hombres providenciales que Dios envía al mundo para cumplir una misión extraordinaria conforme á las necesidades de su época. Santo Tomás de Cantorbery acababa de morir gloriosamente en defensa de los derechos de la Santa Iglesia oponiéndose como muro invencible á los ataques de sus enemigos; y Jesucristo para consolar á su esposa la Iglesia de ese luto, le dió á Santo Domingo y con él un ejército de defensores y mártires.

En el año 1215 este hombre admirable fundó con el nombre de Orden de Predicadores una sociedad religiosa destinada á juntar con el retiro la contemplación, el estudio de las ciencias sagradas y el ministerio del apostolado. Aplicarse sin descanso á su propia perfección para hacerse capaces de trabajar útilmente en la salvación de las almas; hé ahí

el doble fin que proponía á sus discípulos y el objeto de las exhortaciones que les dirigía, pues quería que cada uno de ellos pudiese decir con verdad como el Salvador: *Pro eis sanctifico meipsum*. Si se le preguntaba: ¿Qué es preciso hacer para ser santo? respondía: *Vencerse*; y ¿para salvar las almas? *Amarlas*. El recogimiento, la vida interior, el aplicarse á la salvación del prójimo, hé aquí lo que ante todo recomendaba con sus palabras y con su ejemplo. «Hablaréis al corazón, repetía constantemente á sus misioneros, si los vuestros están llenos de caridad. Un día al bajar del púlpito, dejando á su auditorio profundamente conmovido, le preguntaron dónde había aprendido, de qué libro se había servido para preparar un sermón tan conmovedor y él respondió: «del Libro de la caridad.»

La vida de Santo Domingo fué un continuado prodigio y el más grande de todos, la conversión de los Albigenses. Pero ¿cómo se operó este cambio milagroso? ¡Oh Sacerdotes! ¡Oh pastores! qué interesante materia de meditación para vosotros que del mismo modo queréis hacer mucho bien y que á toda costa queréis salvar almas; pero aprended de Santo Domingo que la devoción á María es uno de los auxiliares más poderoso del celo sacerdotal.

- I. Devoción hacia María, poderosa auxiliadora del celo sacerdotal.
- II. Razones de esta prodigiosa eficacia.
- III. Cómo podemos aumentarla.

PUNTO I

La devoción á María es un poderoso auxilio del celo sacerdotal

Con dificultad se puede formar una idea precisa del lamentable estado en que se encontraban las provincias del mediodía de Francia por el error y corrupción de costumbres de los Albigenses. San Ber-

nardo había intentado inútilmente el remedio: su elocuencia maravillosa y sus milagros habían tropezado con la porfía y obstinación de la herejía, como con la dureza de sus corazones. Los esfuerzos de Santo Domingo durante algún tiempo no eran más fructuosos, por lo cual estaba inconsolable. En la amargura de su alma se dirige á la Santísima Virgen, y le suplica con los ojos bañados en lágrimas, que le ayude en la lucha y que le indique el medio más seguro para salvar á esas pobres almas. Cuando se hallaba en lo más fervoroso de su oración, se le apareció la Madre de misericordia y le dijo: «La salutación angélica fué el principio de la redención del mundo, preciso es también que ella sea el principio de la conversión de los herejes: predicad el Rosario que contiene 150 Ave Marías, y veréis las consoladoras bendiciones que produce.» Nuestro Santo obedeció, y en lugar de detenerse como lo había hecho hasta entonces en disputas y controversias inútiles, se dedicó principalmente á predicar las grandezas y bondades de la Madre de Dios, haciendo realzar las ventajas de la devoción del Rosario. Bien pronto se conoció la eficacia de esta devoción tan santa como sencilla. Más de 100,000 herejes convertidos é incalculable número de grandes pecadores vueltos á Dios respondieron admirablemente á la promesa de la augusta Virgen, y contribuyeron al desarrollo de esta cofradía célebre, establecida hoy en todo el universo y enriquecida por los soberanos Pontífices con los más preciosos privilegios.

Si este ejemplo no bastara para demostrar el poder de la devoción hacia nuestra Madre María, como auxiliadora del celo sacerdotal, la historia de la Iglesia nos mostraría mil casos más; limitándonos á los últimos siglos, tenemos á San Bernardino de Sena, San Vicente de Paúl, San Alfonso de Ligorio, el P. Segneri, M. Olier y tantos otros que atribuyeron el resultado glorioso de sus trabajos á la predicación y práctica de esta admirable devoción.

PUNTO II

Razones de esta piadosa eficacia

Perdemos de vista desgraciadamente dos verdades incontestables y propias para sostenernos en medio de nuestras pruebas: la una, que María tiene por los Sacerdotes una predilección especial; la otra, que de ninguna de nuestras empresas desea ella tanto el feliz éxito como de la que concierne directamente á la salvación de las almas. ¡Oh qué alientos y fuerzas se encuentran en estos dos pensamientos!

Nada extraño es que la Madre de Dios tenga un interés particular y distingua con solícito amor al Sacerdote, el cual está unido á Ella con tan sagrados y estrechos vínculos! Ella le debe su gloria accidental. Si no hubiera Sacerdotes, ¿quién cantaría sus alabanzas? ¿quién celebraría sus fiestas? ¿quién adornaría sus altares? No tendría altares ni fiestas. Le es deudora infinitamente más que de su propia gloria de la gloria de su querido Hijo. ¿No son acaso los Sacerdotes los que anuncian el nombre de Jesús á las naciones y á los pueblos idólatras, y quienes, explicando el Evangelio, ganan para El los espíritus y los corazones?

Concluyamos que si la semejanza causa la benevolencia y la unión, el Sacerdote tiene con María tanta semejanza que Ella debé encontrar en nosotros su imagen: pecador y miserable como soy, participo, sin embargo, de su dignidad, de su misión, de su poder, de su dicha: de *su dignidad*, porque el Criador del universo ha querido depender y someterse á mi voluntad como á la suya; de *su misión*, porque si ella tomó parte activa en la redención del género humano, dándonos á Aquel que nos rescató con el precio de su sangre, yo por mi parte contribuyo, aplicando á los hombres los efectos de esta abundante redención; de *su poder*, porque los mismos doctores de la Iglesia que han admirado tanto el poder de ese *fiat*

que atrajo una vez al Hijo de Dios á su seno virginal, no admiran menos la fuerza de las palabras sacramentales que diariamente le obligan á descender á nuestras manos; en fin, de la *felicidad*: Oigamos á San Agustín que dice: *Si beatus venter qui novem mensibus Christum portavit, item beata debent esse corda in quibus sibi hospitium quotidie eligit Filius Dei.*

Pero, lo que inclina el corazón de la Santísima Virgen de una manera más irresistible hacia nosotros es el ministerio todo de misericordia que ejercemos hacia nuestro prójimo. María ama tiernamente á las almas, ¿cómo no habrá de inspirarle interés una existencia consagrada toda entera á santificarlas y á salvarlas? Santo Tomás dice que María tuvo que dar su consentimiento para la sangrienta inmolación de Jesús como lo había dado para su Encarnación. Más aún: ¿Hay algo acaso en el Cielo ó en la tierra capaz de compensar en el corazón de una madre tan doloroso sacrificio? Sí, la salud de las almas. Después que María hubo consumado con sobrehumano heroísmo este sacrificio, parece que nada quedaba ni podía acrecentar más su amor por las almas; y sin embargo, la última recomendación de Jesús en la Cruz dió nueva fuerza y nuevo ardor á este íntimo amor. Cuando dijo á María mostrándole los pecadores: *Tomadlos por vuestros hijos, sed su Madre*, equivalía á decirle: «Mirad lo que su salvación me cuesta, y comprenderéis cuánto los amo; protegédlos y salvadlos, es el único alivio que podéis ofrecer á mis sufrimientos.» ¿Quién podrá valuar la impresión que produjeron estas palabras en el corazón de la Reina de los mártires, en las circunstancias dolorosas en que se encontraba? Comprended ahí, ¡oh buenos Sacerdotes! la dicha inmensa que causáis á la Santísima Virgen con vuestros trabajos apostólicos, y con qué presteza Ella se pone á vuestro lado para prestaros su poderosa ayuda!

PUNTO III

Cómo podemos interesar más y más á la Madre de Dios en el feliz éxito de nuestros trabajos

El buen Sacerdote, para quien la devoción á la Santísima Virgen es una necesidad como un deber comunicar á los demás tanto cuanto le sea posible, propaga activamente las prácticas y devociones que la estimulan y que la honran, tales como el Rosario, escapulario, las cofradías, la piadosísima costumbre de dedicarle un mes en el año, un día en cada semana, algunos momentos en cada día, etc. El hace amar sus fiestas y prepara en ellas lo mejor que puede del rebaño. Desde la más tierna edad inculca en la juventud esa devoción y amor hacia la Madre de Dios, devoción y amor que son guarda segura de la inocencia; y pues se habla siempre con placer de lo que se ama, el nombre y el culto de María viene con frecuencia á sus labios en sus predicaciones.

Exalta sus grandezas y sus virtudes; pero, procura sobre todo, realzar su compasión por los pecadores. El tiene cuidado de hacer notar, que Ella no está como su Hijo en el deber de ejercer justicia inexorable; que no está en el deber de condenar á los hombres desconocidos é ingratos; sino que, por el contrario, no tiene más que curar los corazones enfermos, consolar á los afligidos y salvar á sus hijos. Ella no es juez, sino madre y *Madre de misericordia*.

Nunca meditaremos bastante lo que á este respecto nos enseñan los Santos y los Doctores. Al dirigirse á la augusta Virgen, San Juan Crisóstomo dice: que Ella había sido la predestinada para ser la Madre de su Criador, á fin de que salvara por su compasión á los que El no pudiera salvar por su justicia. «¡Oh! no, Madre divina, exclama San Bernardo, Vos no rechazáis jamás al pecador aun cuando fuese reo de todos los crímenes; Vos le tendéis caritativa mano, lo arrebatáis del abismo de la desesperación;

Vos le volvéis la esperanza y la vida. Aquel á quien todo el mundo rechaza Vos lo llamáis, lo estrecháis contra vuestro corazón, lo confortáis sobre vuestro seno maternal, y no cesáis de prodigarle vuestros cuidados hasta que le habéis reconciliado con su soberano Juez!

El padre Segneri no daba jamás misión alguna en que no predicase sobre la misericordia de María y decía que era el mejor de sus sermones y el que le producía los frutos más abundantes. San Alfonso de Ligorio había adoptado la misma costumbre, y después de haber citado esta frase de la Bienaventurada Virgen á Santa Brígida: «como el imán atrae el hierro, así atraigo yo á mí las almas más empedernidas,» agrega: hé aquí un prodigio de la gracia que se renueva diariamente en nuestras misiones. Regularmente presenciarnos que hombres envejecidos en la impiedad, y que se muestran insensibles á todas las verdades de la fe, se enternecen y vuelven sus corazones á Dios cuando oyen contar las bondades y la misericordia de María, refugio de pecadores. Hé aquí la razón que da San Bernardino de Sena: «Nos complace sobremanera y alegra el ver alabar la humildad de la Madre de Dios, admiramos su virginidad; pero, pecadores y abrumados como estamos bajo el peso de nuestras miserias, nos es más dulce acordarnos de su misericordia para invocarla en nuestro auxilio (1). En efecto, para merecer la misericordia no se necesitan ni méritos ni derechos en el que la invoca; ella supone miserias, y mientras más grandes son éstas, más derechos se tienen para merecer la conmiseración.

San Epifanio dice que el Verbo humanado es el anzuelo espiritual en el cual caen los escogidos, y María el cebo que los atrae. *Esca spiritalis hami.* ¡Oh Sacerdotes, pescadores de hombres, jamás echaréis con mayor eficacia las redes de la divina pala-

(1) *Laudamus humilitatem, miramur virginitatem,.... sed misericordia miseris sapit dulcius; misericordiam amplectimur carius, recordamur saepius, crebrius invocamur.*

bra, que cuando exhortareis á invocar á la Madre de Dios que es también Madre de los hombres! ¡Arrepintámonos de haber dado tan raramente á nuestro celo el poderoso auxilio que le ofrece la devoción á María!

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Devoción á María poderosa auxiliadora del celo sacerdotal.*—Deplorable estado de la religión y de las costumbres en el mediodía de Francia, como consecuencia de la herejía de los Albigenses. Santo Domingo después de San Bernardo se esfuerza en vano durante algún tiempo á poner remedio. Recurre á María; la Madre de la misericordia se le aparece y le dice, que habiendo sido la salutación angélica el principio de la redención del mundo, ella debe ser también el principio de la conversión de los herejes: que si él predica el Rosario, sus trabajos serán bendecidos. El Santo obedece y la conversión de más de 100,000 herejes y un número incalculable de pecadores responden á la promesa augusta de la Virgen. De ahí el desarrollo admirable de esta cofradía célebre. Muchos otros obreros evangélicos han tenido á gloria atribuir el éxito de sus apostólicos trabajos al celo que han desplegado en propagar la devoción á María.

PUNTO SEGUNDO.—*Razones de esta eficacia poderosa.*—Tenemos presentes las dos siguientes verdades consoladoras: 1.º Que María tiene por los Sacerdotes una predilección especial; á Ella está unida el sacerdocio por vínculos muy sagrados. Al Sacerdote debe su gloria accidental; ¿sería honrada sin ellos? Les debe más todavía que su propia gloria, pues les debe la de su Hijo; ¿no son los Sacerdotes los que lo hacen conocer y le ganan los corazones? 2.º Ella ama tan tiernamente las almas, que por salvarlas ha consentido en la inmolación de su divino Hijo, y el Sacerdote es el que las salva. ¿Cómo no amar, pues, á estos seres que tienen con Ella tan maravillosa semejanza, ya que participan de la dignidad de su misión, de su poder y de su felicidad?

PUNTO TERCERO.—*Cómo podemos interesar más y más á la Madre de Dios en el éxito de nuestras empresas?*—El Sacerdote dedicado al culto de María propaga y extiende activamente las diversas prácticas que tienen por objeto el honrarla: Rosario, escapulario, etc. Hace amar y celebrar sus fiestas. Vigila para que esta santa devoción sea inculcada á la infancia desde su más tierna edad. Habla frecuentemente de María en sus sermones, y tiene especial cuidado en hacer realzar su compasión por los pecadores. María no es juez, sino Madre, y Madre de misericordia. No olvidemos á propósito de esto las enseñanzas de los santos. Oigamos á San Bernardino de Sena: *Laudamus humilitatem, miramur virginitatem... sed miseris misericordia sapit dulcius*: La misericordia en efecto no supone sino miserias, y cuanto más grandes son éstas, más excitan la conmiseración. Arrepintámonos de haber dado tan raramente á nuestro celo un auxilio tan poderoso como la devoción á la Virgen María.

MEDITACIÓN CXXVII

6 de Agosto.—LA TRANFIGURACIÓN
Contemplación

- I. Contemplar las personas.
- II. Escuchar las palabras.
- III. Considerar las acciones.

PRIMER PRELUDIO.—Seis días después que Nuestro Señor hubo anunciado la gloria de su última venida, tomó con El á Pedro, Santiago y Juan, y llevándolos sobre una elevada montaña se transfiguró en su presencia. Hé aquí que dos hombres se aparecieron y se entretenían con El: Moisés y Elías. Pedro dijo á Jesús: «Señor, cuán bueno es estar aquí; si queréis, hagamos tres tiendas, una para Vos, otra para Moisés y otra para Elías.» Hablaba todavía, cuando una nube milagrosa los envolvió; y salió de la nube una voz que decía: «Este es mi Hijo muy

amado en quien tengo mis delicias. Escuchadle» (1).

SEGUNDO PRELUDIO.—Representarse una montaña elevada, y sobre la cima á Jesús que llega con tres de sus discípulos.

TERCER PRELUDIO.—¡Oh Jesús, el más bello de los hijos de los hombres, haced brillar á los ojos de mi alma un rayo de vuestra gloria; concededme la gracia de conoceros, para que nada pueda separarme de Vos, de modo que del Tabor te siga al Calvario si es preciso!

PUNTO I

Contemplar las personas

Jesucristo procurando siempre la ocasión de afianzar la fe de sus apóstoles y formar de ellos verdaderos pastores de su Iglesia, con las grandes virtudes que exige esta vocación, les mostró su rostro que resplandecía como el sol y sus vestidos con deslumbradora blancura. Dichoso, Señor, los ojos que os han visto y os verán en vuestra gloria! Pedro, Santiago y Juan fueron los únicos escogidos para ser testigos de la Transfiguración. Los favores extraordinarios sólo son herencia de algunas almas privilegiadas. Felicitemos á estos tres apóstoles y pidamos por su intercesión que, como ellos, seamos iniciados en el conocimiento de las grandezas del Hijo de Dios. Convenía que los que debían ver de cerca las humillaciones de su agonía en el jardín de los Olivos, le hubiesen contemplado al menos un instante en el esplendor de su gloria. Las grandes gracias preparan igualmente para las grandes pruebas. Moisés y Elías conversan con Jesús de la muerte que debe sufrir en Jerusalén. Moisés es la dulzura y la paciencia necesaria á todo conductor de almas: *Erat enim Moyses vir mitissimus super omnes homines qui morabantur in*

(1) Matth., XVII, 1.

terra (1).—*Porta eos in sinu tuo sicut portare solet nutrix infantulum* (2). Elías es la caridad ardiente y activa: *Surrexit Elías propheta quasi ignis* (3). Es, por decirlo así, la encarnación del celo pastoral. La meditación de los sufrimientos y de la muerte de Jesús, hé ahí su verdadero manantial. Cuando se medita en el misterio del Calvario el amor que Dios tiene á las almas, se aprende á amarlas y á sacrificarse por su salvación; y cuando se ama se sabe tener paciencia: *Charitas patiens est..., omnia suffert.*

PUNTOS II y III

Escuchar las palabras y considerar las acciones

¿De qué se habla en esa montaña revestida del esplendor del Hijo de Dios? De la muerte cruel é ignominiosa por la cual debe cumplir las órdenes de su Padre y la salvación de los hombres, y de las figuras de la ley y los oráculos de los profetas. ¡Oh Señor! ¿era ese un asunto de conversación que pudiese agradaros en el momento mismo en que ostentabais vuestra gloria? Sí: hablaros de vuestra muerte, es hablaros de vuestro amor para con el hombre; y sin embargo ¡cuán pocas veces es materia de mis conversaciones con Vos! ¿Por qué, aun en el altar, cuando ofrezco el sacrificio que pone esta muerte delante de mis ojos, no me siento absorbido, penetrado totalmente, inflamado y consumido? *O memoriale mortis Domini!* ¡Oh sufrimientos de mi Dios! ¡Oh muerte! ¡Oh exceso de amor! ¿Es posible que sólo seáis correspondido con exceso de ingratitud?

Al llegar al Tabor Jesús se puso en oración y los tres apóstoles con él; pero presto, agobiados de fatiga, se dejaron vencer por el sueño, de suerte que

(1) Num., XII, 3.

(2) Ibid., XI, 12.

(3) Eccli., XLVIII, 1.

no vieron el principio de la Transfiguración y perdieron una parte de ese espectáculo arrebatador... ¡Ah! cuántas gracias y cuántas luces nos hacen perder el sueño y la tibieza! Se despiertan y ven la majestad de su divino Maestro: *Evigilantes viderunt majestatem ejus.* Transportado de admiración exclama Pedro: «¡Oh Señor, bueno es que estemos aquí, y que fijemos la morada en este lugar, levantando en él tres tabernáculos!» No sabía él lo que decía. El hombre de fe no considera la tierra como lugar de reposo. Si Dios nos concede en ella algún consuelo pasajero, es para animarnos á trabajar y á sufrir. ¡Cuántos Sacerdotes querrían no obstante permanecer siempre en una situación que les halaga! Olvidan lo que deben á la Religión y á sus hermanos. ¡Qué pérdida, qué desgracia para el mundo si los apóstoles se hubiesen quedado siempre en las alegrías del Tabor!

Apenas había hecho Pedro su demanda, cuando un nuevo espectáculo se ofrece á las miradas de los tres discípulos. Una nube luminosa desciende sobre la montaña, los envuelve junto con Jesús, como bajo radiante pabellón, y al mismo tiempo una voz celestial sale de la nube: «Este es mi Hijo muy amado en quien he puesto todas mis complacencias, escuchadle.» Ved, pues, el preceptor que Dios da al género humano; es á su Hijo muy amado á quien encarga que nos instruya. ¿Tenía necesidad de recomendar su enseñanza á la atención de nuestro espíritu, á la docilidad de nuestro corazón? Los apóstoles, aterrorizados, caen la faz contra el suelo; pero acercándose á ellos el Salvador les toca con bondad y les dice: «Levantaos, no temáis nada.» Animados por estas palabras se levantaron, y mirando en derredor de ellos sólo vieron á Jesús: *Levantes oculos, neminem viderunt, nisi solum Jesum.* Todo se transforma en una alma admitida á las comunicaciones íntimas con su Dios. Todo reviste en ellas otra forma. Feliz el Sacerdote que después de haberse ilustrado en la oración á la luz de la eterna verdad, sólo ve á Jesús, considera á El únicamente en el prójimo, busca sólo á Je-

sús y el contento de ganarle corazones, busca su aprobación y obra en todo sólo para agradarle á El.

Podéis acabando vuestra oración hacer diversos coloquios, dirigiéndoos sucesivamente á nuestro Señor y á los testigos de su transfiguración. Con Jesús, alegraos de su gloria, rendid homenaje á sus grandezas, prometedle más dócil y respetuosa atención á su palabra. Rogad á Elías que os alcance su celo, á Moisés que os dé su dulzura, y á los santos apóstoles que os comuniquen su fe, su esperanzay su amor (1) para que podáis seguir á Jesús desde el Tabor al Calvario. Aceptad por su amor las penas de este día; y cuando llegue el tiempo de los grandes padecimientos, entonces fortaleceos con estas palabras de San Pablo: *Salvatorem expectamus Dominum nostrum Jesum Christum, qui reformabit corpus humilitatis nostræ, configuratum corpori claritatis suæ* (2).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Contemplar las personas.*—Jesucristo en el Tabor. San Pedro, Santiago y San Juan. ¿Por qué tres apóstoles tan sólo? ¿Y por qué esos más bien que otros? Moisés y Elías se entretienen con Jesús. Moisés es la dulzura: Elías el celo. Una y otra virtud se sacan de la meditación de los padecimientos de Jesucristo.

PUNTOS SEGUNDO Y TERCERO.—*Escuchar las palabras y considerar las acciones.*—¿De qué se habla en el Tabor? ¡Oh Jesús! Nada os gusta tanto como ver que vuestros devotos se entretienen en meditar vuestra Pasión y Muerte. Durante la oración sucede la transfiguración de Jesús. Ilusión de Pedro en su petición de vivir siempre en el Tabor. La tierra

(1) *Nonnulli censent in Petro notari firmam fidem, in Jacobo sublimem spem, in Joanne ardentem charitatem; hisce enim quasi terrenis alis ad Deum subvenimur.* (Corn. a Lap. in Matth., XVII.)

(2) Philip., III, 21.

para el hombre de fe no es lugar de gozo ni de reposo. Una nube luminosa desciende sobre el monte. Voz celestial que proclama á Jesús Hijo único de Dios, y manda escuchar su palabra. Los apóstoles se espantan: su Maestro los asegura. Coloquio con Nuestro Señor y con los testigos de su transfiguración.

MEDITACIÓN CXXVIII

7 de Agosto.—SAN CAYETANO, FUNDADOR DE LOS CLÉRIGOS REGULARES TEATINOS.—*Suscitabo mihi sacerdotem fidelem, qui juxta cor meum et animam meam faciet* (I, Reg., II, 35).

Este Sacerdote fiel, suscitado por Dios para realzar y sostener la dignidad del sacerdocio, fué San Cayetano. La orden que él fundó tenía por objeto renovar entre el clero la vida apostólica de los primitivos tiempos y tapar así la boca á los herejes cuyo único recurso, en sus ataques á la Iglesia, es sacar á relucir la relajación de sus ministros. Sus religiosos hacían profesión de pobreza en grado tan heroico que ni podían poseer rentas, ni pedir limosna, sino que tenían que vivir de lo que la Providencia inspirara á los fieles que les dieran. Fué Cayetano por su ejemplo y su celo la edificación de Vicence su patria, Venecia, Nápoles y Roma. En esta última ciudad se encontraba él cuando fué tomada y puesta á saco por el condestable de Borbón. En él puede admirarse al Sacerdote perfecto, al hombre entregado al servicio de Dios y del prójimo y desprendido enteramente de las lisonjas de este mundo. Hé ahí los tres caracteres del espíritu sacerdotal, que dejó como en herencia á su fervorosa congregación:

- I. Con relación á Dios, espíritu de oración.
- II. Con relación al prójimo, espíritu de caridad.
- III. Con relación á sí mismos, espíritu de abandono en brazos de la Providencia.